# La esencia del poder[1]

*Martin Heidegger*

El predominio del respectivo grado de poder y con ello la esencialización de su esencia permanentemente encubierta: esto es la autorización de sí mismo en el predominio, el excluir de todo exterior, que no sea él mismo. Por sí solo determinando la esencia del ente.

Por ello el poder sin "metas", sin tal cosa que él *no* pudiera determinar más que cada vez a él mismo y por igual razón ni "sin rumbo" en el sentido del errar entre "metas", en el fondo sin embargo buscadas, ni "arbitrariamente", pues todo lo que le sirve es su derecho y su voluntad, todo ya en elección y propuesta para él. De tal modo, él nunca es para nada estimable, mientras sea concebido como *poder.*

El poder no requiere portadores, porque el ser nunca es conducido por el ente, sino a lo sumo viceversa, el ente a través del ser, es decir el poder, es dominado hacia él mismo. Ante todo no ha sido aún reconocido, *qué*, y aún menos captado, *por qué* el poder, para esenciarse como ser, no requiere de un portador. Donde siempre vemos aún el poder en manos de portadores de poder, no es todavía el poder mismo, que aquí es conducido, sino sólo un forzado por el poder y de-terminado "medio" de la autorización de poder. El poder no necesita portador alguno y no puede de ningún modo tener algo semejante, porque nunca es un ente aquí y allá comprobable y representable. Es el ser mismo cada vez diferentemente develado,

[1] Edición original de las *Obras Completas [Gesamtausgabe]*, Sección III: Tratados no publicados, conferencias, cosas pensadas. Tomo 69: La historia del ser (1938-1940). § 57-63. Comp. *Koinon*. Desde la historia del ser [Seyn]. *Besinnung*. GA, tomo 66, 9, La maquinación, 65. Ser [Seyn] y poder. Palabras fundamentales. Agradecemos a la Biblioteca Internacional Heidegger la autorización para publicar estos fragmentos.

en el que oscila cada ente (del tipo de lo eficaz), transparentable o no. El ser como poder suelta al ente en la mera eficiencia (fuerza, violencia y semejantes) y en tal desasimiento el poder es justamente poder incondicionado. El ser nunca puede ser "conducido" por el ente, de modo que el ser descanse en el ente y sea por su gracia. Antes bien se esencia el poder como ser en él mismo y es disipado por el ente en lo eficaz e irrefrenablemente confirmado. El poder nunca puede ser aprehendido (llevado a posesión) porque sólo podemos ser poseídos por él, puesto que es *subjetividad incondicionada.*[2]

Todos los potentados "tienen" siempre sólo medios de poder, organizaciones del ente conformes a poder, ellas mismas siendo. Nunca "tienen" el poder, porque son "tenidos" por él.

El poder suprime la posibilidad del "derecho", en tanto "derecho" es concebido como reivindicación de lo en sí pertinente y por ello válido y con ello sustraído al poder. Pero la organización del poder tolerará al menos una ausencia-de derecho. Supresión de la posibilidad de "derecho" significa aquí modificación de su esencia en un título de la repartición de poder.

Poder es otra cosa que exteriorización de una "fuerza" y más esencial que toda violencia. Sin embargo, su esencia es tomada aún conforme a fuerza y potencia y así esencialmente demasiado bajo, aun cuando es concebido como "espíritu". Poder es un esenciarse del ser [Seyn] y por ello no explicable en portadores; en la época de la metafísica sólo por experimentar pero nunca propiamente por saber.

El poder como predominio siempre va ampliándose – (es "constructivo"). Donde lo "constructivo" se anida en el dominio del ente, se muestra que ante el poder como ser no hay recurso alguno en el ente. Éste tiene que hacerse tributario del poder junto con los constructores, quienes sólo pueden jugar con andamiajes sin ser nunca fundadores. Lo que les permanece esencialmente sustraído, es sentido oscuramente como carencia, que nunca puede ser admitida en el circuito del poder. Por el contrario, el erigir andamiajes en calidad de ser empujado por el poder desde un expe-

[2] Cf. *Zu Ernst Jünger «Der Arbeiter»*, GA, tomo 90.

diente a otros, se da públicamente y a sí mismo como un construir para la "eternidad".

Poder y fuerza.

A la esencia del poder pertenece que su esencia *sea* el constreñimiento a la ausencia de verdad, que la verdad sea destruida en esencia (como claro del ser [Seyn] y cuestionabilidad del ser).

Lo más imperceptible e impensado e indiferente es lo decisivo en el ejercicio del poder.

La ausencia de verdad del ente bajo el incondicionado señorío del poder no es la *consecuencia* del poder sino el infundamento que se despliega de la esencia misma del poder.

El predominio es el no resistir, perteneciente al poder, ante el constreñimiento al incontenible peralte del grado de poder cada vez alcanzado. El no resistir es conforme al poder del tipo del *mandato;* el mandato y la seguridad de mandato como el encubrimiento del avasallamiento en la ausencia de verdad que se encuentra en el dominio de poder.

El poder alcanza el más elevado y propio grado esencial, cuando no sólo determina lo que "es derecho" (a saber lo real como válido alcanzado a través de su "éxito"), sino también cuando establece lo que significa "grandeza" y "lucha": "grandeza": el más elevado circuito de poder en desconsiderado efecto; "lucha": subyugar conforme a la técnica de poder, en aras del poder, donde "metas" sólo juegan el rol de medios de poder y "métodos"-de "lucha".

El poder sólo admite como su otro a la impotencia como su único otro y está seguro en esta disposición del consentimiento de todos, aun de los impotentes, puesto que tiene todo en esta decisión. El más riguroso límite de la esencia del poder reside en que no puede mirar fuera de sí, porque su esencia no se lo permite.

Que el poder sólo pueda mostrar su más elevada esencia sobre la base del abandono del ser, dice cuán decididamente la esencia del poder en su incondicionalidad depende del ser [Seyn] y nada (más nulo que toda nada) sería sin el ser [Seyn].

Pero la opinión de que el poder nunca podría ser suprimido en la historia, surge del mismo olvido del ser que la conciencia de que el poder sea

el único y verdadero fundamento de la humanidad histórica y que siempre tenga que renovarse.

En la época metafísica no es posible otra relación con el poder, ni siquiera sospechar el evento de la esencial superación del poder hacia su indispensabilidad en lo organizacional.

Hacia la meditación acerca de la esencia del poder.

El "poder" tiene que ser sacado inmediatamente del marco de consideraciones, posiciones y partidos "políticos".

El "poder" sólo puede ser inquirido metafísicamente en su esencia; y aun esto tan sólo cuando la esencia de la metafísica ya ha sido reconocida y experimentado su comienzo (inicio), con ello su acabamiento.

Entonces se desoculta el poder como esenciarse de la maquinación y ésta como oculta esencia de la "eficiencia" en sentido metafísico, que está enraizada en la interpretación del ser como *idea-poiesis* (*physis-ousia*) Cfr. "Acerca de la historia del concepto de existencia"[3]).

Poder e impotencia.

La impotencia tiene sed de poder y se degrada por falta de poder. Está encadenada a la esencia del poder en el modo de la privación.

Por ello, impotencia puede también convertirse de nuevo en poder, en tanto se sirve de la inversión.

Puede igualmente suscitar la apariencia de ser la falta de necesidad de poder y su esencial superación.

Impotencia: la más capciosa esencia aparente del poder.

Acerca de la esencia del poder.

La única, pero entonces también a la vez incondicional impotencia, que pertenece esencialmente al poder como su más íntima inesencia, está puesta en que no puede ser dueña de su propia arbitrariedad, con la cual continuamente según la exigencia de los reprimidos y para su apaciguamiento y confirmación de su "importancia", tiene que elaborar imágenes historiográficas, que no sólo son acaso "falsas", sino sobre todo suprimen todo tipo de meditación.

---

[3] Cf. *Vortrage*, GA, tomo 80.

Hasta qué punto el pleno despliegue de la esencia del poder se inicia tan sólo con la incondicionalidad de su esencia.

Hasta qué punto la incondicionalidad incluye necesariamente el incondicional dominio de la mediocridad.

Poder y libertad.

La esencia *metafísica* de la incondicional autorización de la esencia del poder se muestra en que el despliegue de poder reivindica para sí un principio, que la metafísica expresa siempre nuevamente: libertad es necesidad. Este pensamiento permite toda coacción y abordar todo lo coaccionado y reprimido a través de la violencia del poder como algo necesario, pero interpretar esto necesario como libertad. Así todo subyugado se sabe como libre y en tal auto-conciencia renunciará a toda rebelión contra lo necesario, es decir, contra la coacción de la violencia. Pues cómo debía también el libre privarse de su libertad.

El modo en que la metafísica acabada del poder incondicional se sirve de este principio, muestra a la vez la conexión esencial interna de *poder y apariencia.*

Poder y apariencia.

El poder, que nada excluye del apoderamiento, ejerce poder sin embargo justamente con auxilio de la *apariencia*, como si *él* tan sólo "liberara" a los prepotentes y los remitiera a la determinación, para con la cual ellos mismos hasta ahora permanecieron incapaces. Así les surge a los prepotentes el "sentimiento" de, sin embargo, tan sólo llegar a *su* derecho. No advierten que entretanto a través de la prepotencia fueron ante todo trasladados a una interpretación de su "sí mismo" conforme a ella. Esta *apariencia* de liberación es la más dura coerción, que la esencia del poder se puede permitir.

Poder y encubrimiento.

El poder puede también pasar justamente a explotar en plenos rasgos todo aquello que niega y combate y a su vez ocultar esta explotación, puesto que no se puede sospechar que el poder se sostenga y alimente precisamente de lo que sin embargo supera. También aquí el poder encuentra todavía un camino para poner a luz su "fuerza creativa" a través de una escondida explotación de lo antes creado y pregonarse como descubridor.

Poder.

La íntima carencia de esencia del poder como extrema inesencia, en la que el ser se suelta como entidad, consiste en que no puede ni le es permitido ser dueño de admitir un esencial antagonismo consigo mismo.

Poder no es sólo im-potencia sino in-esencia del ser en la forma de la única maquinación del ente. Cfr. *Meditación* y Superación.[4]

¿Hasta qué punto el poder se sostiene esencialmente en la indeterminación y así en la posibilidad de todo disponer de cada objetivo?

Aquí su más propia determinación y univocidad esencial, que a todo impotente le es extraña y sin embargo en contraesencia también propia.

Poder.

La esencial intranquilidad del poder como pre-potencia condiciona que el poder sea "voluntad" de poder, de tal manera que voluntad se somete como mandato de esta intranquilidad, para sostenerla como tal y hacerla estable.

Conforme a esta intranquilidad del poder, éste nunca puede establecer señorío en el sentido del gobierno de las leyes, desde la "antigua alegría" del esenciarse del ser [Seyn] mismo. Todo poder es aparente señorío; y por ello tampoco es capaz de soportar ningún "contra", que muy esencialmente es inicial.

(*Señorío* es la ca'riz del ser [Seyn] como del ser [Seyn], calma dignidad de la suave ligazón, que nunca necesita endurecerse en el requerir del poder).

"Señorío" se torna entonces en la palabra plenamente inadecuada y por ello remitida al ámbito esencial del poder.

Poder.[5]

La esencia del poder se despliega como maquinación en lo incondicional.

La superación del poder.

La maquinación es el esenciarse del ser infundado en su verdad.

Y por ello el esenciarse del poder es lo extremo de la metafísica, y aquí

[4] Cf. *Meditación*, GA, tomo 66 y *Metafísica y nihilismo*, GA, tomo 67.

[5] Cf. *Metafísica y nihilismo*, GA, tomo 67.

se oculta la decisión de si el ser mismo como ser [Seyn] se hace verdadero de lo esencialmente otro de todo poder.

Luchar *contra* el poder significa colocarse aún bajo él y su esencia, y ello exige de nuevo necesariamente la ingeniosidad de caminos-de poder y medios (*mekané*) en sentido originario. Donde el poder aún no aparece como tal modernamente.

El poder es superado en esencia sólo a través de lo no menesteroso-de poder. Sólo el ser mismo, retomándose en la esencia, deja hundirse al ente, que en el no reconocido abandono del ser ha ascendido a dominio.

Tan sólo cuando el poder choca con la nada, cuando ni siquiera puede "hacerse" una enemistad, se derrumba en sí y en su esencia.

Cuando el ente ya no puede remitirse a su aprovechamiento y conservación y aumento, para "justificar" el ser, donde sin embargo sólo rebaja su esencia a un medio.

Poder y raza.

El *pensamiento* de la raza, es decir, el contar con la raza surge de la experiencia del ser como subjetividad, y no es un "politicum".

Selección-de la raza es un camino de autoafirmación para el dominio. Va al encuentro de este pensamiento la interpretación del ser como "vida", es decir como "dinámica".

Cuidado-de la raza es una medida conforme a poder. Puede por ello, ora ser puesta en marcha, ora ser diferida. Depende en su manejo y anuncio de la respectiva situación-de dominio y poder. De ninguna manera es un "ideal" en sí, pues entonces debiera conducir a la renuncia a reivindicaciones de poder y ejercer una admisión de toda disposición "biológica".

De allí que, visto rigurosamente, en toda doctrina racista está ya incluido el pensamiento de una *primacía* de raza. La primacía se funda de diverso modo, pero siempre sobre lo que la "raza" ha realizado, cuya realización se subordina a los criterios de la "cultura" y semejantes. Pero cómo, cuando ésta, y a saber calculada a partir del estrecho horizonte del pensar racista, es sólo en general un producto racista. (El círculo de la subjetividad).

Aquí aparece el autoolvidado círculo de toda subjetividad, que contiene no una determinación metafísica del yo, sino de toda la esencia huma-

na en su relación con el ente y consigo misma.

El fundamento metafísico del pensamiento racista no es el biologismo, sino la subjetividad, por pensar metafísicamente, de todo ser del ente (el alcance de la superación de la esencia de la metafísica y especialmente de la metafísica moderna).

(Pensamiento demasiado grosero en todas las refutaciones del biologismo: por ello, vano).

El poder.

En tanto determina todo ser del ente, impide a la humanidad toda posibilidad de venir a sí misma, es decir, en general experimentar aún el sí mismo como posible fundamento de la verdad.

El poder no tolera nivelación alguna. Pone todo en el o-o del sostenerse o no, también donde, aparentemente, esto es desde un cálculo circulante, deja descansar en sí todavía por un tiempo algo subsistente. El poder va al extremo o-o, y sólo por razones de poder oculta que su esencia exige la lucha "a vida y muerte" y es llevada por esto. Uno tiene que aniquilar a otro. Pero con ello se priva a sí mismo de la posibilidad de experimentar un correspondiente reconocimiento a través de otra humanidad, que todavía se adecuara a la propia altura de poder. Porque esta posibilidad allí cae, el vencedor tampoco puede encontrar reconocimiento, se hunde en mera presencia ante la mano de lo que sólo produce efecto. Toda posibilidad de una verdad ha sido destruida.

La esencia del poder como maquinación aniquila la posibilidad de la verdad del ente. Es el mismo fin de la metafísica.

## La determinación esencial del poder

Manera y perspectiva en que aquí es determinada la esencia del poder, no están tomadas de la estrechez de un modo de consideración historiográfico y político. Lo determinante procede sólo del pensar conforme a la historia del ser [Seyn]. Con ello se dice: el planteo no procede "del poder" como justamente un "fenómeno" hallable aquí y allá, para luego delimitar su esencia. Antes bien, el pensar procede ya de una historia de la inte-

rrogación del ser y experimenta en esta historia qué y cómo ser deviene realidad, obrar que se representa (subjetividad), voluntad que sabe y por fin "voluntad de poder". La voluntad de poder tiene que ser pensada como el acabamiento de la verdad (metafísica) sobre el ente y así como el ser. Sólo entonces se deja reconocer cómo en ella ha sido pensada la esencia del poder como ser. Pero ya este concebir el poder como ser tiene que, en tanto historia del ser [Seyn], prepensar en la superación de la metafísica. Tan sólo desde ella cae luz sobre la esencia del poder, de modo que esta esencia es sacada del circuito de una restricción a un ámbito del ente.

El pensar en el acabamiento de la verdad del ente desde la superación de esta verdad, reconoce la esencia de la maquinación. Ésta, por su parte, tiene sin embargo su aún oculto esenciarse en el rasgo fundamental del ser, conforme al cual el ente ha sido entregado al abandono del ser y abandonado al aparentemente único rango del ente sobre todo ser.

Los grados del pensar según la historia del ser [Seyn], que intenta pensar el poder en esencia y en cuya propia historia es interrogada la esencia del poder y únicamente permanece interrogable, se pueden indicar a través de esta secuencia:

ser como realidad
realidad como subjetividad
la subjetividad como la voluntad de poder
la voluntad de poder como ser
el ser como poder
el poder como maquinación
la maquinación como desasimiento del ente en sí mismo
el desasimiento del ente y la devastación

En tanto este pensar se inserta de modo aparentemente arbitrario en la determinación del ser como realidad, es posible recordar que la historia del ser puede presentarse en una historia del concepto-de "existencia". En medio de ella se alcanza el saber de hasta qué punto la realidad como actualitas remite a la elne'rgeia y con ello a la historia primera inicial del ser. Pero ¿por qué el ser tenía que expandirse a la esencia del poder? ¿Puede preguntarse aquí por un por qué? ¿Es ésta la actitud justa para lo determinante?

*

Para entonces poder pensar la esencia del poder como ser, el que piensa tiene antes que desprenderse de querer reconocer cualquier "fenómeno" y a consecuencia de este reconocimiento prepararse una toma de posición con respecto al "poder". El que piensa tiene que permanecer en el pensar, es decir renunciando a explicaciones del ente a través del ente detenerse en la referencia del ser a él, la esenciante determinación en el ser [Seyn]. Sólo entonces se da la posibilidad del encuentro esencial en la referencia a la esencia del poder. Pero de otro modo, en el contar con explicaciones del poder, se permanece sólo en y se llega de nuevo a condenas del poder, a ensalzamientos del poder o al indiferente conformarse con él como inevitable.

Este razonar sobre el poder no alcanza nunca el circuito de la esencia y ni siquiera puede sospechar que en el esenciarse del poder toma su curso una historia del ser mismo y "sólo" esta historia.

Este esenciarse del poder se acaba en que el poder deviene incondicional autodevastación, en tanto la prepotencia se fuerza, en el pleno vacío del ejercicio del poder sin trabas, a sepultar en su ámbito esencial toda posibilidad de un comienzo. Pero este máximo despliegue de la esencia del poder, de ninguna manera aparece en la figura de devastación y exterminio, por demás conocidos, sino en la apariencia de lo contrario. Los signos historiográficamente comprobables del acabamiento esencial del poder son el "planetarismo" y el "idiotismo". Lo "planetario" mienta la referencia de la esencia del poder a la totalidad de la tierra, de modo que esta referencia no es resultado de una expansión, sino el inicio de un singular dominio de la tierra. Lo "idiota" (*idion*) mienta la primacía de lo en-sí-mismo-ávido, que en primer término se expresa como subjetividad.

Porque el poder ha establecido en sí la enemistad esencial para con todo lo inicial, lo que de nuevo se vuelve al comienzo, el poder se opone a toda dignidad. Por cierto, se nombra a veces juntos poder y dignidad y donde el poder es re-presentado como propiedad y dotación de un ente, parece pertenecer al poder como dominio la magnificencia y a ésta la dignidad (majestas). Aquí han sido experimentados por doquier grados previos no desplegados de poder en medio del ente, el cual tiene el ser en la eficacia del hacer.

Sin embargo, pensada en su esencia, la dignidad permanece tan deci-

didamente extraña al poder, que ni siquiera puede ser planteada como su oposición, con lo cual se adjudica aún a ambos la mismidad de un circuito esencial.

La dignidad es la desocultación de la ocultación, que puramente se sostiene en la intimidad del comienzo, que a partir de ella permanece lejana, retornando al comienzo y vuelta a este regreso.

La dignidad de lo inicial no es alcanzada por ningún poder y no es sabible desde ningún poder.

## El poder "necesita" poder (violencia)

El necesitar es equívoco. El poder requiere poder como un medio para ser poder. Cuando el poder se emplea a sí mismo y tiene que consumirse, entonces el poder deviene violencia. Sólo que la violencia no es necesariamente y cada vez acto violento, pero siempre un forzar. La violencia no desatada en su constreñir, que no se degenera en un ciego golpear e impedir, es no obstante violencia y de este modo no otra cosa que la coerción a lo no libre necesitada por el poder y empleada pero refrenada o encubierta.

El poder requiere sin embargo poder (poder que emplea ejercicio de poder) no sólo como un medio sino se "precisa" a sí mismo (necesita a sí mismo) como meta. Pues el poder mismo es el que tiene que hacerse valer y llevarse "al poder". Y esta prepotencia de sí mismo es la propia profusión de su propio vacío. De esta manera es en sí sobre sí superfluo y al mismo tiempo menesteroso de sí mismo como de un medio.

En que el poder esencialmente es meta, objetivo, medio y mediación disputa la consistencia esencial de lo que en general pertenece al producir que dispone y a la facticidad. Demuestra en ello su rasgo fundamental, constituir la esencia de la eficacia como realidad.

Todo ejercicio de poder, a través del cual no sólo es empleada una "violencia" como un disponible "principio activo", tan sólo traslada el ente al circuito de poder y determina al ente en su carácter de poder. Ello sucede también cuando es sometido y "despojado de poder" violentamente.

Pero toda reivindicación-de poder y todo tipo de afirmación suya requiere, justamente –porque en ellas surge un propio modo de ser y con ello un extrañamiento y sobresalto y a través de ello amenaza un debilitamiento del poder mismo–, de un pretexto, a través del cual la esencial esencia de la violencia del poder queda encubierta.

Este encubrimiento de la esencia violenta del poder, que de buen grado puede ser juzgada moralmente como "mentira", no es sin embargo para nada concebible moralmente. Pues pertenece al esenciarse del ser. Porque sin embargo se ve siempre el poder sólo a partir del ente y como un ente y como irrupción de un ente en el ente de ordinario asegurado y habitual, por ello se salva todo juicio del poder en una condena del ejercicio del poder y en la indignación por él.

Que el despliegue y el ejercicio de poder sobre el fundamento de la metafísica moderna dota de "ideales" a la humanidad moderna y fija como "elevados objetivos" ora la "justicia social", el "progreso de la cultura", la salvación de la "cultura" occidental, un nuevo "orden mundial", o un sistema político, todo ello no es una mendacidad más grande o más pequeña, más hábil o menos hábil, que proceda de cualesquiera turbias fuentes del actuar humano, sino ese no cubrirse de lo que se dice y lo que "verdaderamente se piensa", es exigido por la esencia de la autorización de poder a cada potentado. Éstos tienen que pagar un tributo que sobrepasa toda otra ofrenda, y tienen que pagarlo a menudo, en tanto tienen por cumplir el ulterior, no poder saber siquiera en qué obligación de tributo se encuentran.

## Poder y violencia

La violencia (brutalidad) se distingue a través de una singular simplicidad. Su proceder se dirige a la incondicional aniquilación con medios incondicionalmente eficaces en toda ocasión y en cada aspecto.

De allí que apenas dos poderes de igual capacidad brutal chocan entre sí, se mostrará que sus métodos en ningún aspecto se distinguen, porque nada hay en que de alguna manera se puedan distinguir. De allí que se

acreciente aquí también la posibilidad de responder de un golpe al proceder del adversario con los medios correspondientes.

A través de todo esto, es decir, a través de la capacidad brutal soltada a lo incondicional, los futuros choques se vuelven por entero "simples"; alcanzan la incondicional dureza, que entonces tiene sólo un recurso, que reconduce a ella misma. La aniquilación deviene autoobjetivo.

## Poder y crimen

Donde el poder deviene históricamente esencia del ser, toda moralidad y legalidad ha sido desterrada y a saber incondicionalmente. El poder no es moral ni inmoral, domina fuera de eticidad, derecho y costumbre. Todo lo construido, guardado y fijado en estos ámbitos, lo que aquí ha sido exigido y planteado como criterio, es a través del poder incondicionalmente quebrado y, a saber, de tal manera quebrado, que nada entra en lugar de lo quebrado más que el poder mismo, pero que en tanto ser se da como la inasible nada, por lo cual el quiebre de todo lo estable y permanente tiene que mostrarse como este extremo de destrucción.

De allí que a las épocas determinadas por la incondicional esencia de poder, pertenecen los grandes criminales. No son enjuiciables según criterios morales-jurídicos. Se puede hacerlo, pero nunca se alcanza así su verdadera criminalidad. Tampoco hay pena alguna que bastara para castigar a tales criminales. Toda pena queda esencialmente rezagada con respecto a su esencia criminal. Aún el infierno –y semejantes– es en esencia demasiado pequeño ante lo que los criminales incondicionales destruyen.

Los principales criminales planetarios son, según su esencia, plenamente iguales a consecuencia de su incondicional servidumbre con respecto a la incondicional autorización del poder. Diferencias historiográficamente condicionadas e instalándose en primer plano sólo sirven para disfrazar la criminalidad en lo inocuo y hasta mostrar su realización como "moralmente" necesaria en "interés" de la humanidad.

Los principales criminales planetarios de la reciente modernidad, en la que tan sólo devienen posibles y necesarios, se dejan contar justamente con los dedos de una mano.

## La esencia del poder y el sometimiento

En el poder el "espíritu" llega a su despliegue máximo e incondicionado en su no impedida inesencia. "Espíritu" significa aquí modernamente: el saber que se sabe a sí mismo, que es la realidad de todo operante.

De allí que sólo el habitual entendimiento puede quedar adherido a lo externo de lo meramente "negativo" y en la esencia del poder desconocer el ser mismo.

De este modo ocurre que "el poder" se aloja en cualesquiera "portadores" y los hace responsables de lo que ellos "hacen" "con" el poder, en lugar de considerar que los portadores son los siervos, que sólo son hechos por el poder.

Pero los "siervos", correspondiendo al despliegue esencial de la esencia del poder a la incondicional in-esencia, no son enanos sino "*gigantes*", a saber, con respecto al modo en que sencillamente –sin medida comparable– *se someten* a la esencia del poder. Lo gigantesco concierne a la decisión al sometimiento a la esencia del poder y al no poder saber acerca de la esencia y del origen de la necesidad de tales decisiones.

## "Demonismo del poder"

De ello se cuida con particular gusto de hablar, donde se mienta poseer una representación "vital" del poder "real". Pero en verdad, esta habladuría es el mejor testimonio de incomprensión. El discurso sobre "demonismo del poder" supone que el poder sea "propiamente" y "naturalmente" justificado y en ciertos límites necesario, aunque debería precisamente ser "éticamente" ligado y conducido. Se piensa la esencia del poder, en primer lugar, desde una chata equiparación del mismo con la "violencia", como entremezclado con moral y se hace luego surgir el "demonismo" de la falta de conducción ética.

El desamparo de esta representación del poder caracteriza a los juicios usuales sobre la historia de maestros de escuela de los historiógrafos.

## Poder y verdad

Poder como ser tiene que autorizar una apertura y es decir aquí la publicidad y de este modo llevar al poder su esencia adecuada de la "verdad". Verdad es conforme a la estructura moderna de la esencia del poder tanto como correcto y correcto significa asegurando poniendo-asegurado a cubierto la autorización del poder. Lo que de esta autorización, por ella misma mandada y conducida, deviene "justo", es verdadero y lo es sólo en tanto y mientras tanto. Verdadero significa tanto como justo según la autorización de poder.

Pero porque el poder es siempre incondicional, también su verdad nunca es condicionada y relativa. Para esta verdad no hay aún un sobrante, que pudiera otorgar y solicitar otros respectos de juicio. Porque este sobrante queda previamente desterrado, la verdad perteneciente al poder es "incondicional". Por ello también el poder en la comunicación pública de sus verdades tiene siempre que "atenerse al principio de la verdad incondicionada".

Lo que el poder comprueba es cada vez incondicionalmente correcto con referencia al hecho considerado y escogido para la comunicación. No hay ningún otro respecto a otras cosas, a partir de las cuales y en medio de las cuales lo dicho de inmediato tuviera que ser sólo condicionadamente correcto. Todos los enunciados del poder son incondicionalmente verdaderos. Por ello donde diferentes posiciones de poder se oponen entre sí, cada una por sí dice su incondicionada verdad. Ninguna miente. Y sin embargo mienten todas. Considerado más precisamente: puesto que cada vez cada uno en el sentido mencionado es incondicionadamente verdadero, este tipo de verdad del poder tiene que ser cada vez incondicionadamente falsa. Aún más claramente: si verdadero o falso en el sentido de que en *todo* aspecto algo es determinado, este "si-o" es inesencial para el poder. Lo "verdadero" puede también tranquilamente y hasta tiene que ser lo falso, pues tampoco lo falso es aquello sobre lo que el poder se funda y según lo que se deje apreciar y juzgar. Lo verdadero propiamente es sólo

lo conforme al poder. Hablar aquí de una utilidad conduce fácilmente a error; puesto que tampoco llega algo útil para alguien o para algún objetivo. Rige la autorización del poder y lo verdadero es verdadero no como útil sino como algo en sí poderoso.

Se puede moralmente indignarse por este tipo de verdad, pero se tiene que saber que ésta no es ninguna respuesta correspondiente al poder. La retirada a lo moral de esta esencia de la verdad, que además Nietzsche ha reconocido, nunca puede sondear en su esencia conforme a la historia del ser [Seyn] y preparar una superación. Con el auxilio de la moral sólo se puede eludir, y es decir excluirse a sí mismo de la historia, que pasa por el soltarse de la esencia del poder a la maquinación.

La miseria del cristianismo se muestra del modo más claro en que oscila aquí y allá entre incondicionales posiciones de poder y según exigencia de una u otra aún ofrece sus servicios.

Aquí se hace también reconocible que en el ámbito del desvaneciente cristianismo nunca puede caer una decisión sobre la deidad de los dioses. Ni siquiera puede ser vislumbrada.

### Poder y nivelación

"Poder" induce a la opinión de que su esencia se absorbe en la supremacía y el dominio y con ello también en el avasallamiento y la opresión. Conforme a ello el poder trae consigo la desigualdad. Esto también acierta, mientras miremos sólo al ente determinado por el poder. Pero si pensamos la esencia misma del poder, es decir, lo entendemos como ser, entonces se muestra de inmediato, que al poder pertenece la nivelación y ello en un sentido incondicional. Todo poder autoriza en lo mismo, a saber, en el incremento de poder, al que como prepotencia le concierne su propia esencia y no mienta el avasallar al ente. Pero el incremento de poder requiere, ya por la seguridad de sí mismo la mayor uniformidad posible del "principio", de modo que la uniformidad de la esencia del poder incluye la homogeneidad del poder en el forzamiento de una igualdad en toda extensión de poder. De allí procede que donde siempre se desplieguen

luchas de poder más y más puras, donde pureza significa desconsideración del desenfreno de la esencia de poder, los antagonismos se lleven alternativamente a la plena igualdad de sí mismos.

## Poder e indigencia

La representación habitual enlaza posesión de poder con despliegue de pompa y exhibición. Aquí se acierta algo esencial con respecto al modo en que el poder tiene que sostenerse en público, pues a través de la pompa crea a los espectadores y participantes, que de tal manera son trasladados a la opinión (conforme al poder a través del poder) de ser participantes del poder y sus compartidores; el rol que el "pueblo" puede jugar en lo público de la pompa y de la posesión de poder.

De allí que en medio de la historia de despliegue de la incondicionada esencia de poder el "socialismo" sea necesario, pero de modo igualmente necesario nunca puede ser un mero "socialismo" por sí, sino es siempre un... socialismo. Lo que le es conectado como verdadero fundamento de poder, puede tomar diferentes variantes y visto conforme a poder tampoco es simplemente decisivo. Rige sólo una forma de orden popular que permite un dominio incondicional. Este ejercicio de poder que atraviesa lo público como único portador de voluntad del alegado pueblo es un previo e incondicional despojo de poder. A éste pertenece que justamente sin pompa, sin la variedad de presentación, sin el enredo en meros arreglos, actúa desde la mayor indigencia posible. Esta indigencia requiere de una amplia superficialidad del pensar. Del mejor modo le sirve la irreflexión. Esta indigencia se pasa sin "cultura". De allí que en las decisiones sobre el poder, es decir, sobre la posesión planetaria de poder, no se decide la profundidad y grandeza de la "cultura", ni de la formación, de la historiografía y semejantes, sino la determinación a la indigencia de las más simples reglas de juego, según las que los medios de poder desconsideradamente son puestos en juego.

A la indigencia del despliegue de la esencia de poder corresponde la

nivelación que corresponde al poder. En su indigencia el poder tiene el fundamento de su consistencia esencial.

Todo ello pone de manifiesto el incondicional vacío que habita en la esencia misma del poder, como el extremo soltarse del ser en la inesencia de la entidad.

Este vacío no es nada, sino la desconsideración del poder hasta contra sí mismo, porque rige permanentemente la prepotencia. Esta desconsideración y vacío suscita entonces en lo público la impresión de que lo que los potentados realizan, propiamente cualquiera puede, que nada pertenece a ello fuera – de la máxima servidumbre en la realización de la esencia del poder. Y ella es escasa; una escasez corresponde a que también el poder es esencia fundamental, la esencia fundamental del ser y éste a través de la singularidad permanece en lo propio.

## Poder y "sistema"

Al entendimiento común sorprende, en primer lugar, que el poder trabaje y proceda según un "sistema".

En este parecer, que el poder mismo pasa al diario opinar sobre él, se encuentra sin embargo un engaño fundamental. El poder es en su esencia asistémico, y precisamente esto asegura su poder, estar seguro en todo momento de la prepotencia de sí mismo. Lo que, por el contrario, el asistémico poder reivindica para sí, es la posibilidad de la total organización, que con respecto al ente nunca consiente un compromiso y que deniega al ente por adelantado toda reivindicación de compromiso. Lo que a la esencia del poder es usual, la independencia para con el ente y el modo de su respectivo juicio y valoración, el diario opinar lo experimenta siempre de nuevo como lo extraño y busca depreciarlo como "falta de principio".

## Poder y publicidad

El poder necesita la publicidad, pero con la intención de desconcertarla de parte a parte y sepultar la posibilidad de una formación de opinión. La

consecuencia de este desconcierto es la plena indiferencia con respecto a todo. Los mayores éxitos no hacen más efecto y a lo más excitan aún la vacía curiosidad por los próximos, a los que por adelantado ya se ha acreditado la inesencialidad.

Tal indiferencia *parece* amenazar al poder y su capacidad de obrar. Pero en verdad el poder deviene sólo más poderoso, pues la incondicional indiferencia permite la admisión de todo. En efecto, se origina de este modo en la esencia misma del poder y a través de ésta su antiesencia, sólo ante la cual se quiebra: la incondicional falta de resistencia. Ella hace que el poder repentinamente ejerza poder hacia adentro en su propio vacío y se prepotencie en la nada.

## Lo inhabitual y lo improviso

En tiempos de ilimitado planeamiento, al que sólo satisfacen desconsideradas medidas, la calculabilidad de todo ente se atribuye a éste como carácter fundamental de su facticidad. Pero esta atribución de ninguna manera es una "subjetivización" de lo "objetivo", porque la subjetividad, que el hombre se conciba y afirme como subjectum, ya corresponde al esenciarse del ser en el sentido de la facticidad, de modo que tan sólo con ello ha sido fundado algo objetivo, el ente como ob-*jeto* del re-presentar, sobre un fundamento inaccesible a la metafísica así conducida.

Donde la calculabilidad devino signo del ente, lo improviso es la regla. Puesto que todos los planeamientos que sirven al cálculo entran en un desierto, que ellos mismos no dominan, sino siempre sólo aprovechan y utilizan; indominables por ellos mismos tienen que chocar entre sí y entonces a lo nunca planeable. Por cierto lo improviso es sólo la inesencia de lo inhabitual en la forma de la sorpresiva excepción y del apartarse.

## Lo necesario

Lo inevitable – indispensable – invariable – lo que tiene que ser asumido; al que o bien se *sucumbe*, en cuanto aplasta al hombre, o bien se sucum-

be en cuanto se le re-siste –sin consideración de sí mismo y sin perspectiva de cambio. El resistir, ningún sobrevivir, pero un subsistir[37] de lo que tritura.

Aquí entonces es esencial: cómo se toma a sí mismo. A través de que se *reconoce* algo en este sentido "necesario", se ha alcanzado una posición sólo en tanto se ha sido trasladado a la situación de decidirse o no decidirse. Aquí es el lugar para el desnudo *heroísmo*, que sólo afirma lo inevitable, pero más no puede. Esto puede significar mucho frente a la miseria de los intentos de evasión y aturdimiento y frente a la inocuidad del falseamiento y de los cortos "pesimismos" y "optimismos".

Lo necesario en el sentido caracterizado no deja ninguna posibilidad más, donde lo posible ha sido delimitado y calculado en el horizonte de lo vigente, del ente dominante (y de su ser).

Pero esto necesario no decide y no puede justamente decidir, si él mismo no es sólo todavía la última posibilidad de lo vigente y con ello enteramente no un necesario que llega, sino sólo aún lleva a cabo su pasar por y su transcurrir. Pues es algo esencialmente otro.

2. Lo necesario en el sentido del insondable venir, que aporta en sí la más pura apertura de las más simples decisiones, no inevitablemente, sino ligando a la disposición para con el venir.

Para lo necesario primeramente mencionado, la necesidad es sólo lo sin salida; y lo necesario de tal tipo no vuelve esta necesidad, sino fuerza y constriñe a ella.

Para lo necesario mentado de otro modo la necesidad es que ninguna apertura acaece del tránsito indecidido-decisor; y lo necesario de tal tipo da con el claro de la carencia-de necesidad y vuelve, es decir cambia la necesidad en el modo de la liberación al asilo de decisión esencial.

## El pensar según la historia del ser [Seyn]

Ha acaecido desde el ser [Seyn] mismo, que se esencia en el puro venir. Pero ello no convierte su actuar en un soportar o mero contemplar. El acaecimiento-apropiador reivindica la más elevada realización: el salto, cues-

tionador, al claro del abismo. Es interrogada la esencia de la verdad. Y en tanto el evento de la decisión sobre esta esencia es la historia inicial, el pensar permanece radicalmente histórico y por ello tiene que, desde el primer comienzo, más allá del fin del acabamiento de la metafísica, dejarse llevar al otro comienzo a través de la inasible capacidad de sostén de aquellas palabras, a cuyos portadores para nada necesitamos conocer. Por doscientos años tal pensar tiene que pensar por adelantado para que despierten los primeros alemanes en un aclarado sitio de decisión entre la verdad del ser [Seyn] y la primacía del ente, devenida desierto. Y por tiempo faltará la huella inmediata que indique los caminos en la simple vecindad de los pocos instantes de la historia del ser [Seyn]. Ni pasado (sólo ente), ni eterno (sólo ente) sin para considerar como refugio y escapatoria – sólo al ser [Seyn] tiene que interrogar el pensar como lo indeciso pleno de decisión.

El pensar –como interrogación a la verdad del ser [Seyn], diciendo, tiene que avanzar en el ámbito de la decisión inicial venidera, únicamente donde alcanza la huella del evento.

Por ello el pensar tiene que atravesar el abandono del ser. Pero antes éste tiene que ser ante todo experimentado; y para esto requiere primero nuevamente la sacudida del olvido del ser. La ocasión de la sacudida a través del claro de lo inusitado. La noticia de éste en lo extraño.

Lo extraño como perturbación de lo corriente.

Lo corriente y lo habitual.

*La habituación.*

*Lo inusitado* en el sentido de lo sorprendente *entitativo* e insólito.

*Lo inusitado* en el sentido del ser [Seyn] desde hace largo tiempo esenciante y no necesitado de medio alguno.

El pensar según la historia del ser [Seyn] no trae soluciones de enigmas ni procura apaciguamientos de indigencias. Es la instancia en la esencia de la verdad. ¿Qué de más esencial ha de ser entonces exigido del pensar?

El pensar según la historia del ser [Seyn] es siempre pensar *inicial,* no se pierde nunca en algún tipo de historiografía sobre el curso de opiniones y teorías.

En cada salto ha sido saltada la huella de la historia inicial, que en su

semejante y es decir en el comienzo lleva al otro, que como comienzo del ser [Seyn] es ahora la *resolución* misma, el esenciarse de la verdad del ser [Seyn].

El pensar según la historia del ser [Seyn] se ensambla en lo a-morfo, no le es otorgado apoyo alguno en "imagen" y en cosa dilucidadora – desnuda y osada es su palabra.

Pues para fundar rige en la propiedad del ser [Seyn] un género vislumbrador.

Entonada por el ser [Seyn], la palabra pensante tiene que silenciar su voz.

El pensar inicial no empieza sólo el comienzo, también permanece en el comienzo y siempre indica sólo a éste. La *solidez* de esta instrucción es todo, enseñante laminar hacia representaciones introductorias su mayor peligro.

*El pensar según la historia del ser [Seyn]* es el pensar de muchas huellas; ni sólo representar, ni el tipo escalonado del mismo en el sentido de la "dialéctica". Ésta sirve fácilmente como medio de malinterpretación del pensar de muchas huellas y está aún más alejada de él que el inicial *noein* de la *physis*.

El pensar interroga a las múltiples huellas del ser [Seyn], que como evento-apropiador simplemente se esencia en lo múltiple de la resolución.

Cada huella del ser [Seyn] indica el proseguir de las otras, pero en ninguna parte ni nunca son sobre todo pensables, es decir, el pensar nunca es re-presentar e intuir, sino encarecida disposición al abismo por una vía.

## La esencia de la filosofía

Y la respectiva historia de un pensar, en el sentido de la fundación de la historia por él asumida, nunca es explicable desde la "personalidad" del "filósofo"; menos aun es ésta, a diferencia de lo pensado del pensador, lo que propiamente permanece. Sólo el biologismo historiográfico, ampliado a metafísico ("subjetividad" del hombre), puede difundir tal opinión errónea. Que Nietzsche haya sido víctima de esta "tendencia" y que recién la haya hecho "moderna", no puede sorprender.

Bien por el contrario, puede mediatamente el proceder de un pensador

dar la indicación de una actitud, que a su vez señala el modo en que en general la referencia al ente ha sido determinada y dispuesta. Y en ello se desoculta el modo en que el ente como tal se esencia – de qué verdad y si fundada o no es la verdad del ser [Seyn].

Así una referencia a *Heráclito* puede decir algo esencial sobre el pensar inicial, es decir la historia del ser [Seyn]; supuesto que no se lo "lea" y entienda "biográficamente" ni en absoluto "historiográficamente", sino se lo experimente *históricamente*: "Pero él se ha retirado al santuario de Artemis, para jugar allí con los niños el juego...; aquí estaban sólo los Efesios en torno a él y les decía: «qué, vosotros bribones, os sorprendéis aquí? ¿O no es mejor hacer esto que esforzarse con ustedes por la *polis?* [...] Y finalmente desdeño la gente, abandonó el camino y vivió en la montaña"[6]

**El hombre y el ser-ahí**

El hombre: el animal racional.

Razón: *o* sostenida e impulsada por la animalidad y para fomento e impedimento de la "vida", *o bien* conduciendo y gobernando lo animal, pero sin embargo instalada en éste. "Valores", "metas" concedidos, pero humanamente; "contenidos", que llenan de un modo u otro lo formal y lo que propiamente funciona "de la vida".

Las funciones de la vida, lo estable, lo restante un resultado y un respectivo llenado.

Por doquier el hombre –sin mundo y no terreno–, sin que nunca la pertinencia al ente como tal fundamentara su esencia, de modo que la "vida" –cuerpo y alma– sean cocondiciones de la realización y curso, del soportar y quebrar de su esencia.

Elevar toda pertenencia al ente, pero ahora tan sólo a lo decisivo, en

6 Comp. Hermann Diels: *Die fragmente der Vorsokratiker*. Edit. por v. Walther Kranz. Primer tomo. 5° edic. Berlín, 1934, 22 A 1, p. 140 (Diog. IX 3). Traducción en el curso del semestre de verano 1943 comp. *Heraklit. 1. Der Anfang des abendländischen Denkens. 2. Logik. Heraklits Lehre vom logos*. Edit Manfred S. Frings. Edición de obras completas tomo 55, Frankfurt am Main 3/1994, p. 10.

tanto la verdad del ser deviene cuestionable y una fundación de su verdad ha de suceder como *ser*-ahí.

Entonces una esencial transformación del hombre.

Sólo posible después de extremas y muy largas conmociones.

*Traducción de Dina V. Picotti C.*